

# Contemporáneos desde ultramar

Guillermo Sheridan

Contemporáneos. Prosa, edición de Domingo Ródenas Moya, Fundación Santander Central Hispano, Madrid, 2004, 588 pp.

Los Contemporáneos, nacidos entre 1898 y 1905, sufrieron tanto en México como fuera de su patria las incomprendimientos propias de una ética de la escritura que se tradujo en un rigor creativo, intelectual y moral incompatible con su tiempo. Asediados, vilipendiados, abrieron las ventanas de México hacia los registros de la modernidad, cuando México se obstinaba en el rostro que su revolución le acababa de descubrir. Los cultos revolucionarios —adictos al nacionalismo, a la acción política, a lo popular— los convirtieron en blancos fáciles y los obligaron a practicar una modernidad a contrapelo. “Como no se pusieron cananas —ha dicho Carlos Monsiváis— se pusieron subjetivos”.

Los títulos de sus principales revistas, *Ulises* (1928), *Contemporáneos* (1929-1933), *El hijo pródigo* (1939-1942), fueron elocuentes: descentrados sin patria ni tiempo



Gilberto Owen

precisos. En el tesón de ese puñado de poetas y pensadores, por no excluir de su óptica los grandes temas estéticos y filosóficos del momento mundial, había que ver no un rechazo a los temas de la patria reinventada, sino la exaltación de sus nuevas responsabilidades. No fueron muchos quienes lo entendieron. Que hayan convertido en materia de vida y de reflexión poética, crítica y literaria, su carácter de extranjeros en su propia patria no se les presentó como una elección, sino como una fatalidad. De esa conducta, que el tiempo sólo parece reforzar, deriva lo mejor de la actual poesía y ensayística mexicana.

México hizo las paces con ese grupo, pasadas las fiebres nacionalistas, y hoy reconoce en su poesía y en su crítica (literaria, plástica, política) un lugar esencial de la cultura mexicana. En la valentía combativa y en la leyenda de sus vidas, lee una estafeta meritoria de causas que fundaron al México poético: el cuidado de la tradición poética, el derecho a la búsqueda de la perfección, la subjetividad, el humor, el escepticismo, la diferencia sexual, el riesgo de la intimidad, el profesionalismo. En una cultura monocorde, los Contemporáneos entonaron con lujo una polifonía de pasiones y razones intelectuales insospechadas.

No tuvo mejor fortuna su búsqueda de interlocución fuera de México. Remisos a la exportación de estereotipia, con pocas opciones de desembarco, estos Ulises prefirieron la aventura del íntimo *samizdat* sobre la exportabilidad del color local. Las primeras olas de sentimentales modernos, arrojados a playas mexicanas por la crisis de 1929, querían ver indígenas o revolucionarios,

no francófonos sofisticados. La generación giraba sin eje fijo, como su penate Ulises, pero hizo de ello otra virtud. Recalaron así en todas las literaturas meritorias: Europa, Estados Unidos, Sudamérica. Era una fe sin alternativas: el medio literario local se ofuscaba entre reyertas y oportunismos de la mano de una revolución prematuramente traicionada; la comunicación con América Latina estaba viciada por la estática político-social; las pequeñas revistas merodeaban subrepticamente entre públicos diminutos.

El deseo de hablar con España solía terminar en silencio, con la excepción de Jaime Torres Bodet. De mocosos lo intentaron: en 1928 tocaron como grupo a las puertas de *La Gaceta Literaria* de González Caballero. La indiferencia fue comprensible también ante la sietemesina antología *Galería de poetas nuevos de México* que lograron publicar en Madrid el mismo año: no habían llegado a su mejor momento y poco había que celebrarles. Aun así, Joaquín Díez-Canedo y Antonio Espina llegaron a referirse a su trabajo, laudatoriamente, en *Revista de Occidente* (donde el único que figuraría como colaborador, otra vez, sería Torres Bodet).

Los Contemporáneos hacían en y con México y con la herencia de la lírica española, lo que la Generación del 27 en la península; con sor Juana lo que Gerardo Diego con Góngora. Atentos, celebraron los libros y revistas de la Generación del 27, a la que veían como una gemelaridad, aunque sin respuesta. Más tarde, casi todos apoyaron a rona la República en lo político, pero le regatearon a la Guerra Civil (salvo Carlos Pellicer)



Salvador Novo



Jorge Cuesta



Xavier Villaurrutia

la cuota de una solidaridad rimada, adversa a sus convicciones poéticas, y que terminó por incorporarlos a la lista de “rilkistas misterizantes”, que Neruda purgaba en la privada Lubyanka de su poesía judicial.

Con el exilio hacia México, las cosas empeoraron. El encuentro de generaciones fue privilegio de los más jóvenes (Octavio Paz y el grupo *Hora de España*, sobre todo). Los Contemporáneos reaccionaron con enfado ante los privilegios con que el Estado mexicano, el mismo que los había perseguido y maltratado a ellos, recibió a los españoles. Liderados por Bergamín, reaccionaron con explicable furia a los filosos epigramas con que Novo y Villaurrutia se cobraban la venganza de esta nueva discriminación. El episodio coincidía con un aniversario de Juan Ruiz de Alarcón, el mexicano que había mendigado en Madrid una canonjía:

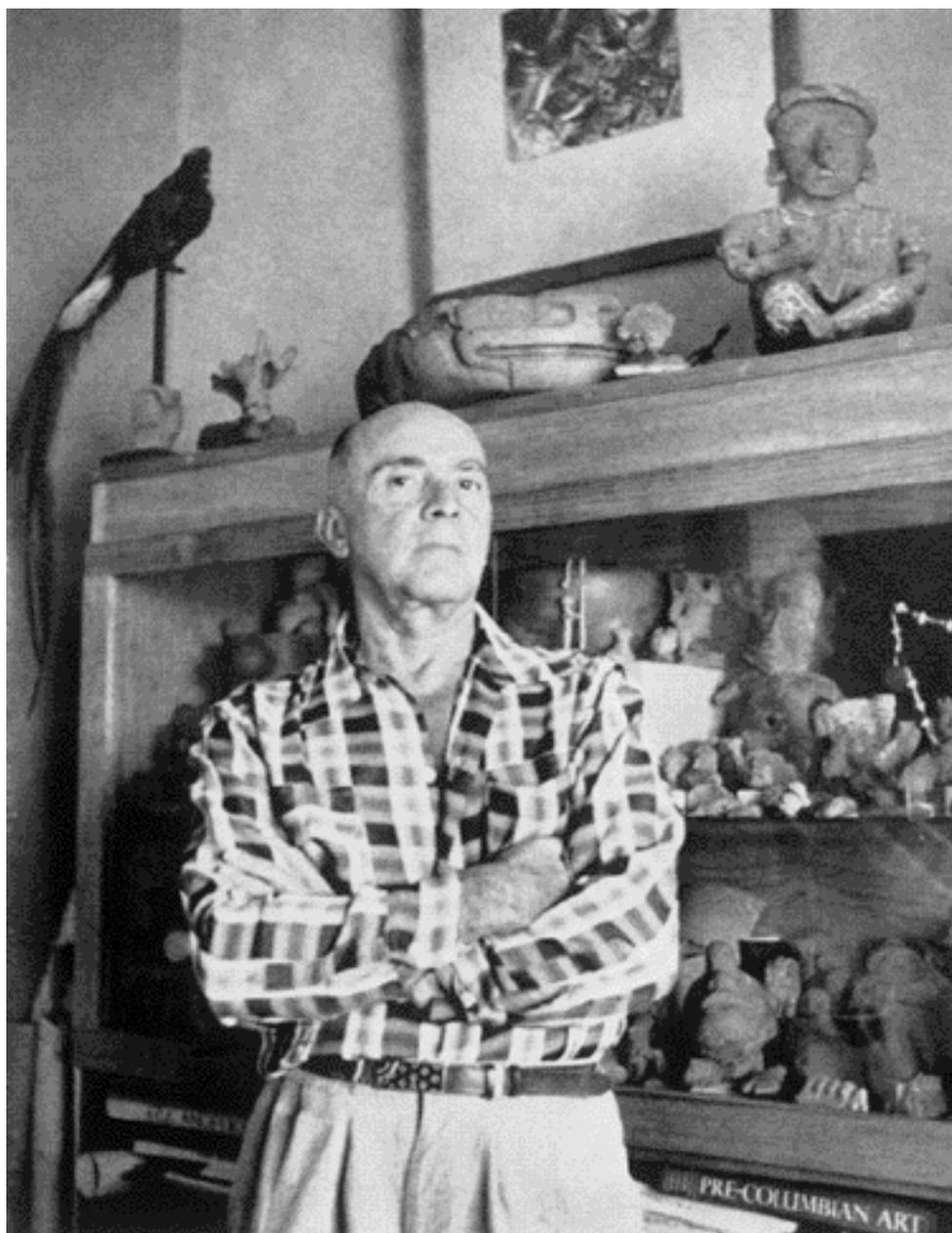
¿Dónde, con sesera escasa,  
de España basta llegar,  
para hallar comida y casa?  
*Mudarse por mejorar...*

Si en efecto tales escaramuzas tuvieron que ver con un desdén que, poco a poco, se institucionalizó en la apreciación española del grupo, las cosas han cambiado y en España ha comenzado a ejercerse una curiosidad cuyo retraso no le quita pertinencia. En cosa de letras, la actualidad es lo de menos: ahora se les publica en España, se les dedican tesis, se les estudia con fervor en coloquios —como el que dirigió Esperanza López Parada en la Universidad Complutense, dedicado a Xavier Villaurrutia, en el 2003— y se les dedican tesis como lo han hecho Fernando Rodríguez Lafuente o Rosa García Gutiérrez, cuyo *Contemporáneos. La otra novela de la Revolución Mexicana* (Universidad de Huelva, 1999) es una tesis doctoral sobre la narrativa del grupo que carece de parangón en México. Quizás este interés académico sea una consecuencia natural de los estudios sobre la poesía española moderna, tan abarcados y abundantes, a los que una lectura comparativa con la periferia latinoamericana de pronto le agrega perspectiva. *Muerte sin fin* del mexi-

cano Gorostiza y el *Cántico* de Jorge Guillén se realzan mutuamente; Moreno Villa brilla más junto a José Juan Tablada y Cernuda junto a Xavier Villaurrutia. Esa tarea de reconciliación es lo que más hay que agradecerle a estos libros españoles sobre el grupo mexicano: raros pioneros del pasado, contabilidad a destiempo que otorga réditos curiosos a la academia y, esperemos, hasta a algún lector de buena fe.

La antología realizada por Domingo Ródenas Moya, se agrega, pues, a un lento, pero constante interés por esos poetas en el ámbito español. Un paso más en esa extemporánea dirección que inauguró Lluís Maristany con una publicación pionera en la península, la rigurosa *Antología de los Contemporáneos* que publicó Anaya / Muchnik en 1992. Blanca Domínguez Sosa optó luego por reunir en un solo volumen, titulado *Contemporáneos* (Ediciones Barcelona, colección Poetas de ultramar, 2001) la “poesía casi completa” de los mismos cinco poetas elegidos por Maristany: José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta, Sal-

En una cultura monocorde, los Contemporáneos entonaron con lujo una polifonía de pasiones y razones intelectuales insospechadas.



Carlos Pellicer

vador Novo y Gilberto Owen. Un *casi* que dejaba fuera los poemas “secretos” de Novo (que Luis Arturo de Villena ha estudiado con perspicacia) y los “poemas no coleccionados” de Gorostiza que sumé a la última edición del Fondo de Cultura (1997). Las omisiones son las mismas. Nunca entendí por qué Maristany había dejado fuera a Jaime Torres Bodet y a Bernardo Ortiz de Montellano y no tengo a la mano el libro para recordar si lo explicó. Supongo que por cuestiones de extensión, que es también por lo que ahora se deja fuera a Pellicer y la enervante longitud de una obra poética mensurable en kilos.

Supongo también que para no repetir el trabajo de Maristany (que feneció en alguna bodega), Domínguez Sosa optó por reco-

ger la casi totalidad de la obra de los cinco poetas señalados, la acumulaba cronológicamente, precedida cada vez por sucinta nota de informes biográficos adecuados y adjetivos imaginables. En todo caso, se trataba de otra puerta adecuada para la curiosidad peninsular. No estoy muy seguro de la pertinencia del anhelo incluyente: salvo excepciones (la de Gorostiza sobre todo, que fue espléndido desde sus calculados pininos y redactó muy joven algunas perfectas canciones) la obra inicial de los Contemporáneos bisoños es prescindible. Me pregunto, en todo caso, si no habría convenido más la rigurosa selección de lo acabado y perfecto, en congruencia con el ánimo divulgatorio. Y cómo lamenté la presentación que hizo Iris M. Zavala a esa antología, un galimatías

redactado en sorbonés que, en tres páginas, se las arregla para espetarle a la lírica de los Contemporáneos la descumunal responsabilidad de nombrar “el malestar, ese objeto de Sade: la descarnada verdad de la falsa alteridad, la degradación de la vida social, el monstruo que llevamos dentro, el objeto patológico kantiano”, etcétera. El prólogo de Domínguez Sosa nos ahorra esa espesura, pero tenía desaliños lamentables, como confundir la presidencia de Benito Juárez con la de Porfirio Díaz (lo que es como confundir al conde de Romanones con Primo de Rivera) o a la “generación del centenario” con la del Ateneo; o caídas en esquemas de maternal: “Este grupo tiene como antecedentes literarios al Modernismo, corriente poética hispanoamericana que se difundió también en México...”, o errores de franca ignorancia, como sostener que la poesía mexicana se hallaba “estancada” antes de los Contemporáneos, como si Tablada y López Velarde no hubiesen existido. Indicios de una investigación que, lamentablemente, no está a la altura del entusiasmo.

La antología de Ródenas Moya se atarea ahora con la prosa, la narrativa y la crítica, de los mismos cinco escritores que eligieron Maristany y Domínguez Sosa, más el narrador José Martínez Sotomayor, delicioso prosista de un solo libro meritorio (*La rueca de aire*). Su principal mérito es el de haber incluido la prosa crítica de Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia y José Gorostiza, quizá los primeros ejemplos del rigor analítico del grupo que circulan en España. ¿Qué respuesta —que anticipamos en un eventual, remoto futuro— tendrá para el lector español ingresar al tenso laberinto de inteligencia que urdió Cuesta? Cada autor aparece precedido de nota adecuada y bibliografía. La introducción de Ródenas es una correcta síntesis de un libro incorrecto titulado *Monólogos en espiral. Antología de la prosa de los Contemporáneos*, que por 1982, en México, estudió la primera etapa del grupo y que lleva la misma firma que esta reseña. Confesaré una travesura de cuando hicimos aquel volumen: el pintor y diseñador hispano-mexicano Vicente Rojo y yo decidimos ilustrarlo con una serie de autorretratos de los autores. Nos faltaban una o dos, optamos por inventarlas y achacar-

## La antología realizada por Domingo Ródenas Moya se agrega a un lento pero constante interés por esos poetas en el ámbito español.

las a artistas imaginarios. Me divierte que la antología las reivindique como auténticas, y lamento que aún siendo apócrifas, se le regatee crédito, si no a su autor, sí al libro del que fueron tomadas. Tampoco se le otorga, para el caso, el crédito adecuado a otro libro, *Los Contemporáneos ayer*, que por 1984 procuró estudiar la historia del grupo y que al parecer se presta generosamente a la paráfrasis de los críticos peninsulares. No tiene importancia: todo sea por la comunidad de nuestras letras. Curioso, pues cuando Ródenas se independiza lo hace bien, como lo demuestra la parte final de su estudio preliminar, donde traza paralelos interesantes entre los mexicanos y la generación de narradores que ahora llaman en España los *Nova Novorum*, por la colección en que aparecían sus trabajos y que Ródenas ha estudiado con solvencia en libros anteriores.

La narrativa de los mexicanos es perfeccionista, *snob*, construida con imágenes laboriosas y atildadas, desdén por el argumento, regusto por el monólogo interior y toda la tramoya estilística de la novela europea *à la mode* que divulgaban en México la *NRF* o la *Revista de Occidente*, y algunas otras en las que además encontraron autores tan curiosos entonces como Máximo Bontempelli o James Joyce (al que tradujeron al castellano, creo, antes que nadie, en 1927). El italiano, además, les reafirmó en su convicción de que “la novela ya no puede seguirse deteniendo en esas dos estaciones: el argumento y el protagonista”, sino que debía apearse en el andén de la poesía. En efecto, al hastío con el realismo se convierte en bandera generacional y Torres Bodet llegará a declarar muerto al argumento, a la vez que aclara que de su cadáver brotan “relatos sutiles, ágiles y de oblicua profundidad, como la *Livia Schubert incompleta* de Salinas o las novelas de Jarnés

y Soupault” (cuidándose de mencionar a Giraudoux, que es el que más imitaba). Una prosa que encomia la experimentación y la modernidad, la simbiosis con la lírica y, en suma, las enseñanzas de Proust descritas por Ramón Fernández que Villaurrutia tradujo como el *vademécum* de los nuevos narradores mexicanos:

Los sucesos de nuestra vida, los que más nos llegan al corazón, los que nos dan el sentimiento de existir, no son transparentes y son difícilmente accesibles a la inteligencia... No obstante, tenemos que vivir en espíritu lo que vivimos en la realidad.

Los resultados de los experimentos narrativos del grupo fueron, por lo general, parcos. Hoy viven aún —hay que reconocerlo—, realmente, sobre todo Salvador Novo y Gilberto Owen. El valor de los demás

depende mucho del comercio con la poesía de cada autor y de las luces que arroja sobre ella. Inquieta también el riesgo de que la narrativa distraiga de la pertinencia de la crítica, hoy mucho más pertinente.

Celebro este libro y que la Fundación Santander lo haya patrocinado. Habría que terminar la nota deseando que los lectores españoles de poesía enriquezcan su perspectiva vapoética con una visita a estos raros hermanos de ultramar. Por 1930, el canalla Domenchina fustigaba a quienes se interesaban en la poesía latinoamericana acusándolos “de veleidad excusable y aun de cómodo subterfugio”. El mexicano González Rojo hablaba por las mismas fechas de que “en España, en particular, la reciprocidad no existe”. Da pena insistir todavía en que la poesía es el territorio privilegiado para salvar ese pequeño abismo, pero hay que hacerlo. Esta edición lo propicia. ■■



José Gorostiza